



NIEVES HIDALGO

Palabra de escocés

Lady Clementina Mason, para hacerse cargo de la herencia de su tía, se ve obligada a viajar a Escocia y alojarse en *Ness Tower*, el hogar de los McKenna. El del hombre que le hizo una proposición por completo indecente, que no ha olvidado. Y la rivalidad entre ambos, surgida cuando se conocieron, se incrementa al volver a encontrarse.

Sean McKenna está centrado en un proyecto para el que necesita dinero y *lady Tina* es una rica heredera. Sin embargo, no quiere saber nada de Inglaterra desde que fue torturado, acusado de un crimen que no cometió, y ella es inglesa por los cuatro costados. A pesar de intentar impedirlo, no puede remediar sentirse cada vez más atraído por esa mujer que se le enfrenta a cada paso.

Tina no está dispuesta a dejarse humillar de nuevo por el escocés, pero su estancia en *Ness Tower* le permite conocer de cerca a unas personas a las que acabará queriendo. Y darse cuenta de que Sean no es tan odioso como creía.

Un enigma. Un asesino dispuesto a volver a matar. Dos pasiones enfrentadas. Un romance en tierras escocesas.

Índice de contenido

Cubierta

Palabra de escocés

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Sobre la autora

Notas

*Decenas de correos pidiendo la
historia de Tina y Sean no me han
dejado otra salida: escribirla.
Gracias por ser tan insistentes*

Capítulo 1

*E*scocia. 1826

Lady Clementina Mason dejó los documentos sobre la mesa, se recostó en la silla y se pellizcó el puente de la nariz. Seguía sin poder creerse lo sucedido. Nunca imaginó que aquella mujer, a la que solo había visto una vez en toda su vida, la hubiera nombrado su heredera, dejándole una casa, un local comercial, joyas y una generosa cantidad de dinero en metálico.

Elizabeth, su tía paterna, se había saltado todas las normas sociales al escapar de Inglaterra hacía más de veinte años. Enamorada de Ewan Malcolm, hizo oídos sordos a las amenazas de su padre y a los llores de su madre, convirtiéndose, de la noche a la mañana, en una paria a la que su familia y la sociedad de Londres repudió. Aquella decisión inapelable, por contra, la llevó a conocer la dicha junto a su esposo, aunque el matrimonio no hubiese sido bendecido con descendencia.

Elizabeth solo volvió a pisar suelo inglés para acudir al entierro de su padre. Clementina era aún una niña y, después de tantos años, la imagen de su tía acabó diluyéndose en las brumas del tiempo. No habían vuelto a saber de ella hasta hacía poco más de un mes.

El padre de Tina se hallaba convaleciente de una caída por las escaleras, consecuencia de haber regresado más

bebido de la cuenta a la mansión, de modo que no fue posible contar con su compañía. No obstante, la animó a realizar el viaje porque, según él, se lo debían a Elizabeth.

De cara al mundo se llevaban bien, pero la realidad era que a su padre no le importunaba en absoluto perderla de vista durante una temporada, más bien todo lo contrario. Nunca la quiso y ella se había acostumbrado a vivir con ello.

Tina se había criado en el seno de una familia con posibles. Muchos la envidiarían por eso y, sin embargo, el único afecto que conoció fue el de los criados. Sus innumerables niñeras, a las que su padre siempre encontraba algún defecto, despidiéndolas a cada poco tiempo, solo le dieron estrictas normas de conducta y ningún cariño.

Tampoco su madre fue una persona cercana, se pasaba meses alejada de Londres aduciendo estar enferma; de no ser por el óleo que colgaba de una de las paredes de la biblioteca, apenas recordaría sus facciones. Nunca quiso ser condesa ni casarse con Andrew Mason y, tras darle un varón, al que llamaron Richard, abandonó la mansión familiar de modo permanente, trasladándose a la que fuera de sus padres, en Southampton. Allí permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1824.

La encubierta separación de sus padres agudizó el alejamiento de su progenitor que, si ya le había prestado poca o nula atención desde que nació, tras la llegada de un varón que heredaría título y fortuna, la obvió por completo. Lejos de sentir celos de su hermano, Tina había adorado al crío desde que viera su carita. Su dedicación al pequeño llegó incluso a acercar posturas entre su padre y ella durante un tiempo y, la inocente niña que era entonces, llegó a pensar que podría ganarse su cariño.

Tal vez hubiera podido ser así... si Richard no hubiera muerto.

Se negó a seguir pensando al llegar a ese punto; recordar a su hermano lastimaba demasiado.

Volvió a centrarse en los documentos que, para ella, suponían un auténtico quebradero de cabeza. No porque no los entendiese, sino por lo que conllevaban consigo.

En primer lugar, no le hacía ninguna gracia encontrarse allí, en Escocia, a cientos de millas de Londres, cumpliendo con una obligación que preferiría haber eludido, y que acabó aceptando para evitar una discusión con su progenitor. Él no quiso que ella diese poderes al abogado de la familia para que tramitara lo necesario porque, con su marcha de Inglaterra, le dejaba vía libre.

En otro orden de cosas, no paraba de hacer cábalas de hasta qué punto podría afectarla recibir un legado que ni había pedido ni necesitaba, puesto que al cabo de unos meses se haría cargo del fideicomiso dejado por su madre. Eso y la herencia de su tía Elizabeth iba a significar el aumento del asedio inevitable de petimetres a la caza de dinero, sin elementos de juicio para discernir quién la querría por ella misma o por el montante de su patrimonio.

No le hacían falta más moscardones, ya tenía una larga fila de pretendientes llamando a su puerta, caballeros de distinta edad y condición que afirmaban estar locamente enamorados de ella.

Tina no se dejaba engañar, sabía que solo buscaban su fortuna. Estaba lejos de ser ese tipo de belleza ante la que los hombres solían caer de rodillas; de cabello castaño y ojos algo más claros, podía estar en un salón repleto sin que nadie se fijara demasiado en ella. A todos aquellos que merodeaban a su alrededor solo los llamaba su riqueza. ¿Cuántos más se sumarían tras darse a conocer que su fortuna había engrosado?

Ella no iba a plegarse a ser el objeto de una transacción comercial, aunque su padre insistía hasta el aburrimiento en que aceptara a algún caballero, sin molestarse siquiera en disimular las ganas que tenía de deshacerse de ella. A fin de cuentas, una hija no le servía para nada, el título y las

propiedades irían a parar al hijo de un primo lejano, al que ella ni siquiera conocía.

Por desgracia, el matrimonio, en el entorno de su clase social, venía a ser eso: un acuerdo que llevaba implícito un negocio previo para materializar el acceso a un título, o bien a la fortuna de uno de los contrayentes; con frecuencia, de ambos hechos a la vez.

Uno a uno había rechazado a sus «apasionados» postulantes en cuanto veía sus verdaderos intereses, provocando el enfado de su padre, las riñas e incluso los gritos. Pero en eso, no pensaba ceder ni un palmo, aunque el conde de Bermont se desgañitase.

No es que fuera una romántica empedernida, pero buscaba algo más que un esposo que se olvidara de ella al segundo siguiente de ponerle el anillo en el dedo y salir de la iglesia. Desde luego, no quería un matrimonio como el de sus padres, frío y distante.

Tan solo había estado a punto de dejarse llevar por el embrujo de las almibaradas palabras de quien resultó ser un mamarracho, el vizconde de Trent. Se había servido de su amistad de antaño con Eleanor Ellis, la joven duquesa de Ormond, para acudir como su pareja a la fiesta que se celebró en Hallcombe House. Una vez conseguido su propósito, se había desentendido por completo de ella, dedicándose a tratar de convencer, a cuantos quisieran escucharle, de las bondades económicas de un negocio de caballos.

¡Ni siquiera había tenido coraje, el muy cobarde, para enfrentarse al hermano mayor de Eleanor, un escocés con más agallas que vergüenza, cuando este lo retó a duelo!

Se le puso una sonrisa en los labios al evocar a Lea, una muchacha con tanta vitalidad que abrumaba. Eran muy distintas, tal vez por eso perduraba la amistad que iniciaran en el internado. Junto a Eleanor había aprendido a reír, a relegar la pena por sí misma, a saltarse las reglas del colegio cuando las veían injustas... Lea, porque estaba lejos de su familia, ella, porque halló en su amiga el apoyo y cariño

que nunca tuvo en su casa, se unieron como una sola. La escocesa era pura actividad, constantemente ideaba travesuras que, la mayoría de las veces acababan en quedarse sin permiso para ir de excursión los días festivos.

Se le amplió más la sonrisa reviviendo aquella noche en que, cubiertas solo por los pantaloncitos de algodón y la camisola remetida en ellos para evitar que se enganchara, descendieron como dos simios por el viejo roble que daba a la ventana de la sala de costura. El motivo: ir a ver la camada de Whoopi, la perra del jardinero.

Hubo de taparse la boca para ahogar la risa al recordar lo que pasó después. Atravesaban el jardín medio agachadas tras los parterres cuando el guarda, William Pain, descubrió a las dos figuras que, a su modo de ver, eran intrusos. Pain no tenía ningún sentido del humor, era imposible arrancarle una sonrisa, pero sabía cuál era su trabajo y lo hacía de maravilla. Les dio el alto y ellas, asustadas, echaron a correr. Sin embargo, el disparo que sonó a sus espaldas las dejó paralizadas y, como dos delincuentes pillados en falta, alzaron los brazos por encima de sus cabezas. Un disparo en medio del silencio de la noche, como era de esperar, despertó a profesoras y alumnas, que acudieron a ver qué sucedía.

Tina no pudo retener por más tiempo el divertimento y dejó escapar una carcajada. Veía, como si la tuviese delante en ese momento, a la estirada directora del colegio: los ojos abiertos como platos, roja por el enfado, envuelta en una bata marrón, con el gorro de dormir cubriéndole el cabello y en zapatillas. Nunca antes había estado tan ridícula aquel cuervo intolerante.

Eleanor y ella hubieron de atravesar el *hall* abochornadas y en paños menores, entre el jolgorio general por parte de sus compañeras, hasta el despacho de dirección. Fue la única vez que vieron sonreír al señor Pain antes de dejarlas en manos de la señorita Ackerman.

Podrían haber sido expulsadas. De hecho, las expedientaron y se envió aviso a ambas familias para que fueran a recogerlas de inmediato. Pero todo quedó en un severo castigo durante un mes, gracias a la intervención de Neal McKenna, que intercedió por ambas, camelándose a la señorita Ackerman con un donativo nada despreciable para aumentar la biblioteca del colegio. Su padre, sin embargo, se limitó a enviar una nota agradeciendo al escocés su magnánima intervención; ni siquiera fue a echarle un rapapolvo, como hizo Neal con su hija.

¡Quién hubiera supuesto que su amiga, años después, iba a conquistar el corazón de un hombre como Clifford Ellis, el oscuro duque de Ormond, al que todo Londres temía y al que ella tenía rendido a sus pies!^[1]

Frunció el ceño, sin embargo, invocando al hermano mayor de Lea: el arrogante e insolente Sean McKenna.

Por desgracia, no conocía a nadie más en Escocia, de otro modo no estaría allí, en Ness Tower, a pocas millas de Edimburgo. Tampoco tendría que estar temiendo a cada momento volver a encontrarse con aquel sujeto despreciable. Su padre no había querido ni oír hablar de que se alojara en un hotel de la ciudad para hacer frente a los trámites de la herencia de Elizabeth, por mucho que estuviera acompañada de su doncella personal. Así pues, no le quedó más que una opción: pedir asilo al padre de Eleanor durante unos días; pretendía que no fueran demasiados, solo debía esperar la venta de la casa y las joyas y solucionar el asunto del local. El abogado se encargaría de enviar el montante de las operaciones a una cuenta en el Banco de Inglaterra.

Guardó los documentos en la carpeta de cuero rojo, ató la cinta que la cerraba y sus ojos volaron de nuevo al abrecartas que descansaba sobre la madera del secreter: una exquisita pieza de plata cuyo mango simulaba una S. Apretó los dientes al pensar, una vez más, en el sujeto cuyo nombre comenzaba por esa inicial: Sean.

Capítulo 2

De nuevo invadía sus pensamientos la figura desesperante del sujeto al que le hubiera gustado matar después de escuchar su descarada y sórdida proposición durante el baile. Y, sin desearlo, desenterró los recuerdos.

Admitía que, al verlo entrar en la fiesta que dieron Eleanor y su esposo, vestido con el traje típico escocés, el corazón le había dado un salto en el pecho. El condenado tenía el porte de un príncipe, el cuerpo de un dios pagano y el rostro de un demonio tan atractivo que acaparó la mirada de todas las mujeres. Sí, lo había encontrado arrebatador, a pesar de que, cuando lo conoció, se comportó del modo más abominable. Y aceptaba, también, que le faltó muy poco para dejarse envolver por su poder innato de seducción al mostrarse encantador, pedirle disculpas por su conducta en su primer encuentro y solicitarle un baile. Sin embargo, no se podía dar margaritas a los cerdos y, en la segunda vuelta, le soltó su propuesta a bocajarro.

—No tengo inconveniente en que nos veamos aquí, en Londres.

—¡Cómo se atreve a...! —Se le habían atascado las palabras ante tamaña grosería. ¡Su amante! ¡Le acababa de proponer, ni más ni menos, que se convirtiera en su amante, por amor de Dios!

—Le aseguro que la complacería en la cama más que ese imbécil y afeminado de Trent. Palabra de escocés.

La vergüenza y la ira la habían invadido a partes iguales. De haber tenido un arma en la mano en ese instante, no le hubiera importado acabar en el calabozo acusada de asesinato.

Si su padre estuviera enterado de tal insolencia no la hubiera obligado a alojarse en Ness Tower. Pero no podía decírselo, no se lo podía decir a nadie porque, con solo recordarlo, se le subían los colores y se ahogaba de rabia. Ni loca iba a pasar por la nueva humillación de ponerlo en conocimiento de otros, menos de su padre; hasta era probable que, dada la poca estima que la tenía, la culpase de haber dado pie a aquel botarate para tener con ella tal atrevimiento. Antes que contarle lo sucedido se mordería la lengua y se la tragaría.

Por tanto, había hecho de tripas corazón, dispuesta a tener que soportar su presencia de nuevo, prometiéndose que si se le acercaba demasiado lo cortaría en rodajitas. Por suerte, Sean no se encontraba allí cuando ella llegó, sino resolviendo unos asuntos fuera, según le dijeron. Reza-ba para que se mantuviera lejos mientras durase su permanencia en Ness Tower, por nada del mundo deseaba volver a tenerlo delante.

No. No quería volver a verlo. Nunca. Jamás. Pero no era capaz de dejar de resucitar, una y otra vez, el modo en que apareció en su vida...

Londres. Unos meses antes.

—Dos caballeros desean ser recibidos, *milady* —anunció Julius, el mayordomo, tan estirado como siempre.

—Parece que ya empiezan a llegar los admiradores.

Se lo decía a Eleanor, que había brillado en la fiesta celebrada por los condes de Wesstin, ganándose también la atención de la concurrencia.

—Me temo que no se trata de ese tipo de visita, *milady* —corrigió el sirviente.

—Entonces... ¿Han entregado sus tarjetas? —El mayordomo negó—. ¿Han dado sus nombres?

—No, *milady*.

—¡Qué impertinencia! —exclamó Eleanor—. Si no los conocemos...

—Más te valdría no conocernos, muchacha —interrumpió la voz masculina y gutural de un hombre que hizo al mayordomo a un lado—. Padre quiere que regreses de inmediato.

Ella se encontró entonces mirando el rostro de un individuo tan guapo que se le encogió el estómago. Su cabello brillaba como oro fundido, la anchura de sus hombros y su estatura impresionaban y sus pupilas verdes parecían acaparar la luz del salón, aunque mostraban un matiz iracundo. Ni siquiera se fijó en el joven que lo acompañaba, solo tuvo ojos para él. Hubiera echado a ambos con cajas destempladas de no haber sido porque resultaron ser dos de los hermanos de su amiga, dispuestos a llevársela a Escocia, de donde había escapado con triquiñuelas para disfrutar de unos días de diversión en Londres.

—¿Papá está muy enfadado? —quiso saber Lea tras las oportunas presentaciones.

—No me extrañaría que te diera una zurra cuando volvamos —indicó el menor, pero con una sonrisa burlona en sus labios.

—Prepara tus baúles, nos marchamos.

—Pero Sean... El conde de Bermont no está en casa, debería despedirme de él y agradecerle...

—Estoy seguro de que tu amiga sabrá disculparse en tu nombre —zanjó él en tono seco.

—Sí. Sí, por supuesto —balbució la aludida, sin saber de qué modo ayudar a Eleanor.

—Volveremos a buscarte en una hora.